lles y plazas ardían innumerables lamparillas, y en la morada de Anatolio filtrábase el resplandor de las luces á través de las rendijas de las ventanas, y el olor á alquitrán y á sebo.

Desde las tabernas cercanas llegaban las canciones de los legionarios borrachos, las carcajadas de las prostitutas, y dominando todo las alabanzas á Joviano y los anatemas a Juliano el Renegado.

Anatolio sonriendo amargamente levantó los ojos al cielo y gimió:

—¡En verdad, que has vencido, Galileo!

XXII

La gran trirreme que hacía el trayecto de Seleucia, Antioquía é Italia, era un soberbio navío mercante. Cargado de ricos tapices de Asia, y de ánforas de aceite de olivas, bogaba entre las islas del Archipiélago. Dirigíase hacia la de Creta, donde había de tomar carga de lana y desembarcar algunos monjes que iban á un nuevo monasterio.

Sentados en la proa, pasaban éstos los días en piadosas pláticas, oraciones y trabajos conventuales, que eran construir cestos con hojas de palmera.

Los demás pasajeros iban á popa, bajo una ligera vela de tela violada. Estos, que eran Anatolio, Amiano Marcelino y Arsinoé, no se relacionaban con los monjes por considerarles paganos.

La tarde era espléndida, y los remeros (esclavos

de Alejandría) movían á compás los largos remos entonando una triste melopea.

Poníase el sol tras las dispersas nubes, y Anatolio contemplaba el mar pensando en la frase del poeta: «Las olas alegres hasta en lo infinito». Después de la agitación y el ruído de las calles de Antioquía, después del humo acre de las lamparillas y el hálito mal oliente del populacho, descansaba tranquilo repitiendo: «Alegre hasta el infinito, llévame en tu seno y purifica mi alma».

Calipso, Amorgos, Astifele, Fera, surgían las islas como visiones ora elevándose sobre el mar tranquilo, ora desapareciendo, como si alrededor del horizonte siguieran las Oceanidas su danza eterna. Comprendía Anatolio allí los tiempos de *La Odisea.*

Sus compañeros no le turbaban en sus pensamientos, y cada cual iba absorto en sus quehaceres.

Amiano Marcelino ordenaba sus notas referentes á la campaña de Persia, la vida del emperador Juliano, ó leía la notable obra del maestro cristiano Clemente de Alejandría, titulado *El tapete abigarrado.*

Arsinoé modelaba artísticamente en cera estudios por una gran estatua de mármol.

Tenía el cuerpo de un dios olímpico, y el rostro expresaba una tristeza sobrehumana. Anatolio sentía deseos de preguntarla si representaba á Dionisios ó á Cristo.

Arsinoé había dejado hacía ya tiempo sus vestidos de religiosa y las personas apartábanse de ella con espanto, denominándola la apostata. Mas su nombre y el recuerdo de sus donativos que en otro tiempo hizo á los monasterios cristianos, evitábanla persecuciones. De su gran fortuna sólo le restaba una parte exigua que le bastaba para vivir con independencia.

A las orillas del golfo de Nápoles, cerca de Bai, poseía una reducida propiedad y la misma casita en que Mirra había pasado sus postreros días. Allí Arsinoé Marcelino y Anatalio habían decidido descansar de las turbulencias de la vida en calma profunda, sirviendo á las musas.

Llevaba Arsinoé el mismo traje que antes de su congregación. Los sencillos y gallardos pliegues del peplo hacíanla parecer nuevamente á una virgen ateniense. Pero la ropa era obscura, y el oro de sus cabellos apenas se distinguía bajo el velo que los ocultaba. En sus ojos, que nunca se alegraban, se leía una severa y firme sabiduría. Solamente sus brazos, desnudos hasta los hombros, emergían blancos de los pliegues del peplo cuando trabajaba con incansable afán modelando la blanda cera.

Anatolio veía un poder superior en aquellas pálidas manos.

Aquella tarde, la trirreme costeaba una islita cuyo nombre todos ignoraban y que desde lejos semejaba una roca escueta. Para evitar los bajos peligrosos, la nave tenía que aproximarse á las orillas. Cerca del escarpado el agua se tornaba tan

transparente que podía distinguirse en el fondo los granos de arena y las algas.

Tras las obscuras rocas veíanse verdes llanos en los que pacían las ovejas. En el centro se elevaba un plátano.

Anastasio distinguió sentado al pie del árbol á un adolescente y á una muchacha, tal vez hijos de los pobres pastores. Tras ellos, entre los cipreses, blanqueaba una estatua de mármol: el dios Pan tocando la flauta. Volvióse Anatolio hacia Arsinoé para mostrarle aquel rincón apacible de la Helade; mas sus palabras espiraron entre sus labios. Con sonrisa de extraña alegría, fijamente, contemplaba la artista su creación: una estatua en cera de rara seducción, de magnífico cuerpo de dios y semblante de infinita tristeza.

Anatolio sintió oprimírsele el corazón. Preguntó á Arsinoé con voz trémula, señalando la obra:

—¿Por qué haces esa figura, qué representa?

Lentamente, haciendo un esfuerzo levantó hasta él los ojos, y Anatolio pensó: «Las sibilas deben tener ojos sangrientos.»

Y luego murmuró:

—Arsinoé, ¿crees que serás comprendida?

—¡Qué importa!—contestó sonriendo con tristeza.

Después más bajo, como pensando, añadió.

—Tenderá sus brazos al mundo; debe ser terrible é inexorable como Dionisios, en toda la plenitud de su belleza y toda su fuerza, misericordioso y bueno...

—¿Qué dices? ¡Qué contrasentido! ¿Eso es acaso posible?

—¡Quien sabe! ¡Para nosotros no! ¡En el porvenir!...

Descendía el sol, pero sobre él, en el horizonte, veíase una nube y los últimos rayos caían sobre la isla dulcemente triste.

El pastor acercábase en aquel momento á su compañera y ambos se aproximaban al altar de Pan para celebrar el sacrificio vespertino.

—¿Crees, Arsinoé,—continuó Anatolio,—que hermanos desconocidos recogerán el hilo cortado de nuestra vida, y siguiéndolo llegaran más lejos? Crees que no morirá todo entre esta sombra bárbara que cae sobre Roma y sobre la Helade? ¡Ah! ¡Si fuese así! Si pudiera saberse que el porvenir...

—¡Sí!—repuso Arsinoé, reflejándose en su mirada un fuego profético,—el porvenir está en nosotros mismos, en nuestra loca angustia. Juliano tenía razón. Su gloria es su silencio, estraños á todo y apartados tenemos que trabajar hasta el fin. ¡Debemos sepultar entre las cenizas de los altares la última chispa para que las gentes y las naciones futuras hallen luz con que encender las nuevas antorchas. Así empezarán donde nosotros terminemos. Entonces resucitará la Helade y nosotros con ella.

—Y con nosotros nuestra maldición,—exclamó Anatolio,—empezará de nuevo la lucha entre el Gólgota y el Olimpo. ¿Y quién vencerá? ¿para qué la lucha? ¿Cuándo acabará? Contesta si puedes, Sibila.

Esta con la mirada fija en el mar, callaba. Luego miró á Amiano y señalándolo á Anatolio, dijo.

—Ahí está quien te puede contestar mejor que yo. Está su corazón igual que los nuestros: dividido entre Cristo y el Olimpo, sin haber perdido á pesar de ello la lucidez de su espíritu. ¿Ves como escucha nuestra discusión tranquilo?

Amiano Marcelino dejando sobre sus rodillas el libro de Clemente escuchaba en silencio.

—En efecto,—díjole el epicúreo,—más de cuatro meses hace que somos amigos y hasta ahora ignoro si eres cristiano ò helenista.

—Yo también lo ignoro,—contestó Amiano ruborizándose.

—¡Cómo! ¿y jamás te ha atormentado la duda?

—No, amigo mío, creo que las dos creencias están de acuerdo en muchos puntos.

—¿Y en qué sentido escribes la historia del imperio romano?—preguntó Anatolio.—¿Pesará más un platillo de la balanza que otro?

—Ser justo con unos y con otros es mi propósito. Yo quería á Juliano, pero también en lo que de él refiera seré imparcial. Que la posteridad no decida lo que yo era como no lo decido yo mismo...

Anatolio había tenido ya ocasiones de comprobar la elegante cortesía del historiador, su fidelidad en la amistad, su valor, y ahora admiraba la profunda lucidez de su inteligencia.

—Amiano, naciste para historiador,—exclamó sinceramente Arsinoé.—Juzga sin pasión de nuestro siglo apasionado y así podrás reconciliar las dos sabidurías enemigas.

—No seré el primero,—repuso Amiano.

Dejó su sitio inspirado é indicando los rollos de pergamino del gran Clemente, dijo:

—Aquí está escrito ya todo eso y mejor de lo que yo pudiera hacerlo. Es la *Stromata* de Clemente de Alejandría. Prueba en ella que el poderío y grandeza de Roma, la sabiduría de la Helade, son precursoras de la enseñanza de Cristo. Las alusiones, los presagios, los presentimientos, son escalones que conducen uno á uno al reino de Dios. El precursor de Jesús es Platón.

Las últimas palabras dichas con sencillez conmovieron profundamente á Anatolio. Le parecía recordar que todo aquello había ya existido. La isla luminosa, el olor resinoso de la trirreme, las palabras de Amiano, y se figuraba ver una ancha escalera de mármol que bañada por el sol conducía hasta el cielo azul.

Mientras tanto la nave daba vuelta lentamente al cabo, y el bosque de cipreses apenas se divisaba tras las rocas.

Anatolio dirigió una postrer mirada al adolecente que con la muchacha estaba ante el altar del dios Pan.

La doncella derramaba sobre el altar la ofrenda de la tarde, leche de cabra mezclada con miel, y el joven se preparaba á tocar la zampoña.

Bogó la trirreme hacia alta mar y todo desapareció.

Solamente el ténue humo azulado del sacrificio se elevaba sobre el bosque.

Entonces rompiendo el majestuoso silencio se es-

cuchó un cántico grave de iglesia. Eran los ancianos monjes que en la proa de la nave, cantaban á coro la oración de la tarde...

Y por encima de las tranquilas aguas volaron otros acordes. El joven pastoscillo tocaba en su zampoña el himno de la noche al dios Pan, el viejo dios de la alegría, de la libertad y del amor.

Anatolio sintió estremecer su corazón de sorpresa.

—«Hágase tu vóluntad en la tierra y en el cielo, —decían los monjes.

Y allá arriba, bajo el mismo cielo, elevábanse los purísimos sonidos de la flauta del pastor, confundidos con las palabras de la oración cristiana.

Murió el postrer rayo de sol sobre las peñas de la bienaventurada islita, que parecía abandonada en el mar, y los dos himnos cesaron.

Sopló el viento en las jarcias; bramaron las olas. La trírreme crugía quejumbrosamente. El cielo obscurecióse por el sur y el mar se encrespó furiosamente. Las nubes se amontonaban densas y se oyeron los primeros rugidos del trueno.

La noche y la tempestad marchaban juntas.

FIN

Casa Editorial Maucci

Mallorca, 226 y 228 — Barcelona

APARTADO DE CORREOS 189

Extracto del Catálogo General

OBRAS DE AUTORES ILUSTRES

L' Assommoir, por Emilio Zola. 2 tomos ilustrados . . . . . 2 Ptas.
Nanà, por Emilio Zola. 2 tomos ilustrados. . . 2 »
Los Misterios de Marsella, por Emilio Zola. . 1 »
Teresa Raquin, por Emilio Zola. . . . . 1 »
Lourdes, por Emilio Zola, dos tomos impresos en buen papel, tipos nuevos y elegantes.— Edición única en España. . . . . 4 »
Roma, por Emilio Zola, dos tomos de 500 págs. cada uno, (segunda edición). . . . . 4 »
París, por Emilio Zola, edición ilustrada con 16 láminas, única en España: dos tomos rústica 4 »
Fecundidad, por Emilio Zola (tercera edición).. 4 »
Escenas de la vida de Bohemia, por E. Murger 1 »
España, por Edmundo de Amicis. . . . . 1 »

Horas de Recreo, por E. De Amicis. Un tomo ilustrado.. . . . . 1 Ptas.
La Carrozza di Tutti. (Una novela en tranvía), por Edmundo De Amicis. 2 tomos ilustrados 3 »
Rafael.-Graziella (2 novelas juntas), por Lamartine. . . . . 1 »
El Manuscrito de mi Madre, por íd.. . . . 1 »
¡Misterio!... por Hugo Conway.. . . . . 1 »
Un Secreto de Familia, por íd. (ilustrada).. . 1 »
Sin Madre, por íd. . . . . 1 »
El Secreto de la Nieve, por íd.. . . . . 1 »
Confusión, por íd. . . . . 1 »
Atala.—René.—El Último Abencerraje.—Viaje al Mont-Blanc (4 novelas juntas), por Chateaubriand. . . . . 1 »
La Sonata de Kreutzer. — El Matrimonio (2 novelas juntas), por el conde León Tolstoy 1 »
Amo y Criado, por íd.. . . . . 1 »
Resurrección, por íd. 2 tomos. . . . . 3 »
Imitaciones.—Los Cosacos, por íd. . . . . 1 »
La Esclavitud Moderna, por íd. . . . . 1 »
Noventa y tres, por V. Hugo. 2 tomos ilustrados 2 »
Los Trabajadores del Mar, por íd., íd. . . . 2 »
El Hombre que Ríe, por íd., íd.. . . . . 2 »
Nuestra Señora de París, por íd. (ilustrada) . 2 »
Han de Islandia ó El Hombre Fiera, por íd. Dos tomos ilustrados. . . . . 2 »
Sor Filomena, por E. J. de Goncourt . . . . 1 »
Fromont y Risler, obra premiada por la Academia Francesa, por A. Daudet . . . . . 1 »
Tartarin de Tarascon, por íd. . . . . 1 »
Poquita Cosa, por íd. . . . . 1 »
El Nabab, por íd. 2 tomos. . . . . 2 »

Las Cartas de mi Molino, por A. Daudet. . . 1 Ptas.
María (novela americana) por Jorge Isaacs. . 1 »
Vida de Jesús, por Ernesto Renan (ilustrada). 1 »
Dora, por Carlota M. Braemé, íd. . . . . 1 »
Azucena, por íd. . . . . 1 »
Una Lucha de Amor, por íd. . . . . 1 »
Corazón de Oro, por íd. . . . . 1 »
Su Único Pecado, por íd. . . . . 1 »
En su Mañana de Bodas, por íd. . . . . 1 »
Un matrimonio del gran mundo, por Octavio Feuillet (de la Academia Francesa). . . . 1 »
La Señorita Giraud, mi mujer, por A. Belot. . 1 »
Los Compañeros del Silencio, por Paul Féval Dos tomos ilustrados. . . . . 2 »
La Sala Misteriosa, por Paul Féval. . . . . 1 »
El Posadero de Aldea, por E. de Concience. . 1 »
La Ciudad Negra, por Jorge Sand . . . . . 1 »
La Venus de Gordes, por A. Belot y E. Daudet 1 »
El Beso de una Muerta, por Carolina Invernizio. . . . . 1 »
La Venganza de una loca, por íd. . . . . 1 »
La Huérfana de la Judería, por íd . . . . 1 »
Pasiones y Delitos, por íd. . . . . 1 »
El Espectro del Pasado, por íd. . . . . 1 »
Los Amores de Marcelo, por íd. . . . . 1 »
El Crimen de la Condesa, por íd.. . . . . 1 »
El Resucitado, por íd.. . . . . 1 »
El Triunfo de la Muerte, por G. D' Annunzio. 2 tomos ilustrados. . . . . 3 »
El Placer, por íd. 2 tomos ilustrados. . . . . 3 »
El Fuego, por íd. 2 tomos. . . . . 3 »
Las Vírgenes de las Rocas, por íd. 1 tomo. . 1'50 »
El Inocente, por íd. 1 tomo. . . . . 1'50 »
Historia de un Muerto, por Francisco Calcagno, ilustrada con ocho láminas . . . . 1 »

¿Quo Vadis? por Enrique Sienkiewicz. Edición completa é ilustrada. 2 tomos. . . . 2 Ptas.
Más allá del Misterio, por íd. . . . . 1 »
Luchar en vano, por íd. . . . . 1 »
A Sangre y Fuego, por íd. 2 tomos. . . . . 2 »
¡Sigámosle! por íd. . . . . 1 »
Hania, por íd. 1 tomo. . . . . 1 »
El Jardín de los Suplicios, por Octavio Mirbeau. . . . . 1 »
La Señora de Bovary, por Gustavo Flaubert. 1 »
Salammbó, por íd. . . . . 1 »
Mariquita León, por José Nogales y Nogales. (Edición ilustrada). . . . . 1'50 »
El Ultimo Patriota, por íd. . . . . 1 »
La Muerte de los Dioses, por Dmitri Merejkowski. 2 tomos. . . . . 2 »